



Recordando a Fernando Alegría

Vimos por primera vez a Fernando Alegría en casa del poeta y ensayista Aldo Torres Púa, traductor del escritor Adolfo Castillo Varela. Alegría estaba recién llegado de California y la acompañaba su esposa, una silenciosa dama salvadoreña. Aquella noche también compartí la cena de Aldo Torres, su mujer Teba Blecstein, cuya timidez era evidente, y John M. Fein, norteamericano, profesor asociado de lenguas románicas de la Universidad de Duke, hombre discreto de apariencia tímida, dispuesto a estudiar nuestra literatura a la usanza científica, o sea, por pequeñas zonas, bien exploradas. Pero no nos equivocamos con los extranjeros que pasan un breve tiempo entre nosotros. De vuelta en Nueva York, John M. Fein, declaró:

"La declaración hecha en la venta de libros en Chile, indica que la inflación puede ser tan desastrosa para el mundo literario como para el mercado de valores. Cuando el precio de una novela se triplica, como ocurrió recientemente en Santiago, y el asalariado promedio tiene dificultades para equilibrar su presupuesto, no es sorprendente que la literatura sea considerada un lujo marginal y que la industria del libro sienta los agudos efectos de la economía casera. En vista de esta situación, no se publican tantos libros como antes y los autores deben esperar por lo menos dos años, debido a la acumulación de obras. El efecto neso ha sido una notable disminución de la creación literaria. La novela en Chile se encuentra en estado de congelación".

John M. Fein no sabía probablemente que Fernando Alegría ya había entregado los originales de su "Cabello de copas" a una editorial y que este libro, por sus críticas consuetas y rápida venta, iba a eclipsar toda la obra de este focoso y laborioso autor. Nosotros vivimos al frente a un hombre moroso, cauto, que hablaba en voz baja, que nos decía cosas agradables y callaba, para una imaginaria conservación que no hemos tenido nunca.

El escritor nacional que viene del extranjero, es asediado por sus colegas nativos. Cada escritor norteamericano distanciado de los grandes corrientes del mundo, de las corrientes de la humanidad actual, por la inmovilidad de una isla o de un océano; por una melancolía hasta hace poco tiempo inaccesible, como es el caso de nosotros los chilenos, siente al visitante como efectivo correo, como el destinatario de un misterioso mensaje, oculto dentro de querechosa botella. Fernando Alegría era entrevistado por diarios y revistas, y los comentaristas más fríos y distantes del pangerico, los poetas pero más ocultos en su caparazón, prodigaban sustanciosos elogios al viajero y divulgado crítico literario, nacido en 1918.

A nosotros nos impulsaba hacia Fernando Alegría, una buena sensación de gratitud. Sin conocernos, nunca nos había olvidado en sus recuerdos de la prosa americana.



na, y en cierta oportunidad, hace ya tanto tiempo que ni siquiera podemos acordarnos, al ser condenado uno de nuestros libros de cuentos, salió con su firma, en un suplemento dominicano; a estas afirmaciones y distinciones, propios más de un polémico que de un escritor. Hombre fino, estudioso, autor de trabajos orientados por la prosa y la poesía chilena, también con su biografía novelada de Luis Emilio Recabarren y del toqui Lantier; de algunos poemas y de poemas de exótica factura, no había logrado Alegría perfilarse, quedar asociado, adjunto a un libro. Eso tan sólo vino a sucederle con la publicación de su "Cabello de copas", aventura de unos chilenos andariego en San Francisco, California.

Nosotros visitamos, hace muchos años, el escenario de esa novela o, al menos, la periferia del picaresco relato; llegamos en ómnibus desde el este de Estados Unidos, después de haber recorrido más o menos cuatro mil millas. Nos recibió un San Francisco frío y solo. Era día domingo. Nos refugiábamos en un café del extremo sur de la ciudad; vimos unas bandejas prodigiosas y unos hombres y mujeres, al parecer, desmontados, que bebían echando a sus vasos continuas dosis de anticor, mientras en la pantalla del televisor, se proyectaba una película de vaqueros, ilustrada con música resonante.

San Francisco de California es una ciudad jalonada de nombres españoles, pero de contorno inglés victoriano. Hasta misa esas viciezas que suben a los tranvías, desde los barrios residenciales, con sus zucheros de finas picles y sus sombreros floreados.

"Hace algún tiempo — escribe Alegría, en la página 13 de su "Cabello de copas" — cuando esta historia debió comenzar, trabajaba "yo" en calidad de lavador de platos en un restaurante de San Francisco. No se me preguntó cómo había llegado a mi pre-



caria situación. El empleo de lavador de platos me servía para "pasar" la comida y además, unos pocos dólares. En aquellos días me preparaba "yo" para misiones superiores, misiones que a la sazón, no lograban definirse con claridad. Lavar platos me daba tiempo para pensar y permitía a la imaginación vuelos increíbles; me enseñaba hábitos de paciencia y compensaba estoicos, y me servía, de un modo algo sutil, para castigar los prejuicios de falsa dignidad chilena con que había llegado de Chile".

"Fue así durante cuatro horas seguidas la sala con que empujé el pan de los restaurantes baratos de acá y si al cabo de ese tiempo no se le revolvía el estómago a la vista de la pasta café y verde, es mejor un hito o un mástil. Un ser excepcional. A mi el pan de pupas me pone los pelos de punta; la salsa me confunde el espíritu y podría dar alfileres si me acercaran una cucharada de esa poeña infernal a los labios".

El oficio más, a juicio del latino, aceptable "para castigar los prejuicios de falsa dignidad chilena con que había llegado de Chile", no lo es tanto para el norteamericano, que cambia con frecuencia de facia porque se hunda en el mismo lugar o porque se hunda en pen de otra química, de otra data oca donde exprimir los irremediables dólares. En Los Angeles y en Hollywood conocimos esforzados chilenos que vivían como obreros, sobriándose destinados a misiones superiores y que estudiaban inglés en sus horas libres, seguros de adquirir bienes en su tierra, de viajar por Europa en el futuro, cuando el esfuerzo y la vida restringida permitiera capitalizar. Los hechos de Alegría están en un plano más libre, de radiante vida picaresca, sólo ambigua vivir a cada momento mejor, y no

puede negarse que logran su finalidad. El chileno del barrio de Las Palmeras, de Santiago de Chile, que es Fernando Alegría, el chiquillo criado en la vecindad del viejo hipódromo de la capital, da curso a la labia prodigiosa y muestra el agudo contraste entre dos seres de opuesto origen, el hispano y el sajón, en su lucha por adaptarse; uno frío y otro emocional y apasionado; uno cuidadoso de su intimidad, el otro prodigo en sus expansiones, atrayéndose y repudiándose por sus cualidades y defectos.

De nuevo volvimos a encontrarnos con Fernando Alegría, en la casa que Juan Martín tenía en Santiago. El jefe del Departamento de Asuntos Culturales de la OEA, había llegado a Chile en uno de sus vacaciones y nos invitó a los dos a la misma hora, las cinco de la tarde, a su casa. Milena, la esposa y constante compañera de Juan Martín, nos hizo sentir a ambos que estábamos más perdidos, y Fernando Alegría, después de su chaqueta, ofreció a nuestros invitados un refugio a la vez que exhibió una deportiva camisa norteamericana. En seguida, nos dio algunas explicaciones acerca de su adopción, agregando el efecto nocivo que ya le producían los continuos festos nacionales.

El chileno de California acababa de publicar en México su copioso ensayo sobre los novelistas de Hispanoamérica. Como Juan Martín le insistiera en que revisáramos al momento el índice, dio algunas explicaciones relativas a la limitación de una empresa cultural de ese carácter y a que siendo él mismo un escritor chileno, no podía abdicar ni expresarse en español con los novelistas de su patria. Juan Martín sonrió, un poco más ágil de todo este asunto, y cuando nos ibamos, nos pidió que anotáramos un recado en una carta que ya tenía escrita para el brasileño Armando Correia Pacheco, funcionario en las tareas culturales de la OEA. Salimos con Alegría a la caldada acera. Ya veía de la azul mole cordillana esa brisa algo fría que mejora todo en Santiago. A Fernando y a mí nos urgía, en ese instante, no retroceder en nuestras citas culturales.

Esa crítica se intermite con una persona notoria que me da el poeta y gran amigo nuestro, David Vajala, residente en esos años, en Estados Unidos. Fernando Alegría se encuentra hoy gravemente enfermo en California, la tierra que eligió para cursar su vida. No estamos seguros de que se imponga de estos fraternales recuerdos, venidos en estos días, a tantos años de distancia, hasta nuestra anciana memoria. ●

LUIS MERINO REYES

Recordando a Fernando Alegría [artículo] Luis Merino Reyes.

Libros y documentos

AUTORÍA

Merino Reyes, Luis, 1912-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Recordando a Fernando Alegría [artículo] Luis Merino Reyes.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile